

Prólogo

por Diego Hidalgo

Mucho se ha escrito sobre Paco Fernández Ordóñez; creo que ésta es la biografía más completa que se publica sobre uno de los grandes personajes españoles de la segunda mitad del siglo xx. Me siento muy honrado por que los autores me hayan pedido que escriba un prólogo, y aún más habiendo sido Felipe González quien ha escrito el prólogo principal de este libro

En 1995, tres años después de que Paco nos hubiera dejado, tuve la oportunidad única de viajar en el Concorde de British Airways entre Nueva York y Londres en el asiento contiguo al de la Señora Thatcher, ya Ex P. M. del Reino Unido¹. Tal vez porque el Concorde volaba en la estratosfera, generalmente estimulaba la locuacidad de los viajeros y yo tuve la suerte de mantener una conversación de tres horas con la «Dama de Hierro». Al saber que yo era español y estaba escribiendo un libro sobre el futuro, me dijo que había dos españoles a quienes ella admiraba especialmente: «Su Primer Ministro Felipe González, y el que fue Ministro de Asuntos Exteriores, Francisco Fernández Ordóñez» me dijo «además de ser dos personas encantadoras y admirables, han hecho un trabajo impresionante poniendo a España en el Mapa. Gracias a ellos, España ha sido el tercer país más importante e influyente en la Unión Europea después de

¹ Cuando el agente británico me pidió que le cambiara mi asiento 2C por el suyo, yo me negué alegando que necesitaba estirar mi pierna izquierda recién operada. Mrs. Thatcher dijo que el cambio no era necesario.

Alemania y Francia, muy por delante de Italia y del Reino Unido que la superamos en población y volumen económico». Viniendo de una persona parca en elogios, con una ideología nada afín, y con intereses a veces opuestos a los españoles, valoré muchísimo su comentario y creo que merece ser conocido. Ni que decir tiene que me di importancia diciéndole que conocía mucho a Felipe y que Paco había sido uno de los mejores amigos que había tenido en mi vida. No sé si me creyó.

Conocí a Paco en el despacho de mi padre en los 50 pero apenas lo recuerdo, aunque mi padre hablaba a menudo en las comidas del hijo de su amigo Fernández Conde, «uno de los jóvenes más inteligentes que conozco, aprobó las oposiciones a judicatura y se va a hacer Inspector del Timbre, lo máximo en la Administración, y sobre todo es agudo y disfruto hablando con él».

Paco y yo nos reencontramos el 12 de octubre de 1967. El Cónsul de España en Boston daba una fiesta para celebrar el «Día de la Hispanidad» y allí vi a un señor de mediana edad a mis ojos, calvo, que tenía un tic, y que se me acercó para hablarme de su amistad con mi padre. El estaba haciendo un curso de Derecho Fiscal Internacional en la Harvard Law School y yo mi segundo año del MBA en la Harvard Business School. A partir de ese día Gloria y yo nos hicimos íntimos amigos de Paco y María Paz. Durante ese curso en Harvard cenábamos juntos dos o tres veces por semana, hicimos los cuatro un viaje a Nueva York en el que María Paz pasó verdadero pánico.

En efecto, el año 1968 fue muy especial en la historia de Estados Unidos, presidido por tensiones raciales, un creciente rechazo a la Guerra de Vietnam, y una feroz campaña electoral agudizada por la renuncia del Presidente Johnson a presentarse a una posible reelección.. A primeros de Abril fue asesinado Martín Lutero King, y a primeros de Junio, Robert Kennedy. Vivir aquellos acontecimientos y poder comentarlos y analizarlos con Paco fue una experiencia única e inolvidable; de España entonces había poco sobresaliente y comentable. Durante nuestro viaje a Nueva York en Abril, en plenos disturbios, fuimos a ver el zoo de Bronx. Sin que nos diéramos cuenta empezó a ano-

checer y no encontramos taxi para regresar. María Paz sufrió mucho en la hora que nos costó encontrar la boca de metro para regresar a Manhattan, segura como estaba de que era inminente que nos atracaran.

Durante el verano de 1968 fuimos a menudo a casa de Paco y María Paz en Villalba, donde había una pista de tenis. Jugué muchas veces con Paco y nunca conseguí ganarle un set pese a nuestra diferencia de edad. Allí conocí a muchos de sus compañeros de trabajo que luego destacaron en la política y la economía. A pesar de incorporarme al Banco Mundial en Washington en Octubre y de que Paco y María Paz quedaron en Madrid, seguimos con un contacto muy estrecho durante los siete años siguientes que fueron decisivos en su trayectoria política.

El 11 de Julio de 1969 perdí a mi madre, Gerda Schnur. Paco me demostró su amistad y su calidad humana. La muerte prematura de mi madre, además de la desolación que me había traído tras haber perdido a mi padre en la misma década, me planteaba temas patrimoniales complicados que por un momento me hicieron plantearme mi continuidad en el Banco. Paco me apoyó y me sacó de dudas. «Yo me ocupo de resolverte todos los problemas que tengas aquí, Diego; no dejes que temas puntuales que yo te puedo arreglar se interpongan en tu pasión y en tu carrera». Y así lo hizo.

Paco era, sobre todo, un socialdemócrata, y vivía mal la dictadura. El libro cuenta la noche crucial del día después de que, tras la crisis «Matesa» el gobierno cambió, cayendo varios ministros, entre ellos el de Hacienda. «No conozco al nuevo Ministro» le dijo a María Paz aquella tarde en que fueron los dos al cine. Al volver encontró ese mensaje urgente en forma de papel metido debajo de la mesa en la que el Ministro Monreal le conminaba a presentarse inmediatamente. Cuando Paco se vio frente al Ministro, este le ofreció la importantísima Secretaría General Técnica. Apenas tuvo dos minutos para decidir entre la posibilidad de influir en el sistema desde dentro o verse condenado al ostracismo. Tomó una decisión crucial y seguramente acertada.

En el mismo gobierno entró otro amigo mío, de veintinueve años, Manolo Azpilicueta, como Secretario General Técnico

de Industria. Manolo estaba casado con Chipi Arasjáuregui, y ambos eran amigos de la infancia. Gloria y yo organizamos una comida para presentar a los dos matrimonios, y enseguida se estableció una complicidad entre Paco y Manolo. En aquella época en España no había ni una sola mujer que tuviera un cargo alto en la Administración. Recuerdo que María Paz nos contó que la víspera, una señora a quien no conocía, te había llamado por teléfono, y se había presentado diciéndole «¿Cómo? ¿Pero de verdad no sabes quién soy? ¡Soy tu Subsecretaria!» cosa que provocó la hilaridad de todos.

En aquellos años del final de la dictadura Paco tuvo muchos gestos de valentía, algunos conocidos y otros menos. Por ejemplo, preparó una lista de los contribuyentes del impuesto sobre la renta. Mucho después consiguió que la lista estuviera expuesta en algún lugar del Ministerio de Hacienda. La lista tenía un gran valor cómico, porque sólo había un total de cuatro contribuyentes en España que declararan ingresos anuales superiores a 10 millones de pesetas; el Generalísimo Franco declaraba recibir 2 millones (su asignación presupuestaria) lo cual suponía que su patrimonio y el de su mujer no rentaban ni un céntimo. Paco bromeaba diciendo que si sus actos le obligaban a exilarse se llevaría la lista para vivir de lo que pudiera obtener por publicar esa lista explosiva.

Mi ascenso en el Banco Mundial en 1974 se produjo poco después del asesinato de Carrero Blanco que llevó a un endurecimiento de la dictadura. Tras el cese de Pío Cabanillas, Antonio Barrera de Irimo y Paco presentaron la dimisión como Vicepresidente del gobierno y presidente del INI respectivamente. Paco se preocupó por la situación de Antonio Barrera y me pidió que hiciera una gestión discreta con Robert McNamara, Presidente del Banco Mundial, para sacar a Antonio de España con una alta consultoría en América Latina, cosa que hice y que Paco me agradeció.

En 1977 se produjo un distanciamiento entre Paco y yo al que alude el libro, que duró dos años y que voy a explicar. En aquellos momentos Paco se había convertido en una persona clave de la Transición, encabezando el Partido Social Demócra-

ta que se integró en UCD, y había sido nombrado Ministro de Hacienda. Desde el Banco Mundial, yo había conseguido que siete Estados de Africa del Oeste crearan un Banco de Desarrollo regional, la *Banque Ouest Africaine de Développement*, or BOAD. Los siete Jefes de Estado, entre los que se encontraba Leopold Senghor, Presidente de Senegal y perenne candidato al Premio Nóbel de Literatura sabían de mi amistad con Paco y me pidieron que intercediera con el Gobierno para que España fuera socio fundador del Banco. En un estudio que dirigí a Paco y le hice llegar en mano, le hice ver la abrumadora conveniencia de que España entrara en la BOAD. Por un lado los beneficios de los exportadores españoles que podían concursar a sus licitaciones amortizaban la pequeña inversión española de dos millones de dólares en menos de tres meses; por otro lado, me parecía esencial políticamente la amistad y votos de siete miembros de la Unión Africana que por aquellos tiempos del MPAIAC reivindicaba la «africanidad» e independencia de las Islas Canarias.

Paco no me contestó nunca a pesar de los mensajes y cartas que le escribí. Me indigné porque, aparte de que yo quedara mal con los siete Presidentes, me pareció una oportunidad perdida y una descortesía de Paco. Yo por aquellos tiempos pasaba en África la mayor parte de mi tiempo, me sentí ofendido por lo que me pareció un desprecio, y durante dos años no tuve ningún contacto con él. En 1979, sin embargo, me llamó por teléfono como si no hubiera pasado nada. Yo había enviado una carta al Secretario del Consejo de PRISA, votando en contra de un aumento de capital decidido por el Consejero Delegado Jesús de Polanco, a quien yo no conocía, utilizando argumentos técnicos que me parecían innecesarios. Mi voto parecía importante y Paco llamó para interceder para que yo me abstuviera y eximiera al Secretario de la obligación de leer mi carta. Nos vimos en Madrid unos días después y Paco me juró que no había recibido nada sobre BOAD, me pidió disculpas, y me dio un abrazo; nuestra amistad se restableció. A lo largo de los años me dijo muchas veces que yo era el único amigo que no le había fallado nunca.

España estaba creciendo en importancia a los ojos del mundo y de Estados Unidos, que contempló fascinada la primera transición pacífica de una dictadura a una democracia, el intento de golpe de estado del 23 de Febrero de 1981, y cómo éste había sido desmontado por el Rey don Juan Carlos con la aclamación unánime del pueblo. Paco había sido un gran Ministro de Hacienda en el gobierno de Adolfo Suárez en el que bajo su liderazgo, el de José Luis Leal y el de Enrique Fuentes Quintana, y con la ayuda de los Pactos de La Moncloa, se logró enderezar una situación económica desesperada. Además logró introducir las leyes del IRPF y el impuesto sobre el Patrimonio. Su aureola de gran político creció como Ministro de Justicia en el Gobierno de Leopoldo Calvo Sotelo, consiguiendo contra viento y marea la promulgación de La Ley del Divorcio.

Entre 1981 y 1982 se produjo un «corrimiento» hacia la derecha de todos los partidos políticos incluyendo el de la UCD, ya sin Adolfo Suárez. Así como algunos socialdemócratas como mi amigo Luis Gámir permaneció como Ministro de Transportes, Paco empezó a sentirse incómodo en el gobierno y tras un mes de cuestionamiento interno tomó la decisión de irse.

Cuando Paco dimitió como Ministro de Justicia del Gobierno de Calvo Sotelo y dejó la UCD para formar su propio Partido de Acción Democrática, el PAD, en el que se integraron personalidades del relieve de Luis González Seará, Carmela García Moreno y Javier Moscoso, me tuvo informado de sus planes y actividades casi diariamente. Los lectores de esta excelente biografía leerán las páginas que cubren ese periodo esencial de finales de 1981 a Octubre de 1982, incluyendo nuestro viaje a Estados Unidos para tratar de encontrar apoyos en el Partido Demócrata para las elecciones de 1982. Paco había tratado por todos los medios a su alcance de conseguir una reunión con el Senador Ted Kennedy, que tras la derrota electoral del Presidente Carter era la persona con más influencia en el Partido. Cuando no le fue posible recurrió a mí. Para su sorpresa (y la mía), una amiga mía y de Gloria, Janet Donovan, madre de mi ahijado Philip Botana, no sólo consiguió la cita sino que pudo organizar una gran sesión con los miembros más influyentes del Par-

tido a la que yo le acompañé, y de la que salió una invitación a la Convención del verano de 1982. Estas reuniones fueron enormemente interesantes, la figura de Paco despertaba un gran respeto, pero no se tradujo más que en apoyos verbales.

Paco tenía la idea de presentarse con el PAD a las elecciones legislativas con la esperanza de obtener algunos escaños que le pudieran convertir en bisagra en el Congreso de Diputados (incluso me tentó a que encabezara una lista suya en la provincia de Badajoz). Sin embargo, con gran realismo político, y tras consultas con amigos y familiares, decidió dejarse absorber, y fusionar su pequeño partido con el PSOE de Felipe González. Yo por entonces no conocía a Felipe pero sí teníamos un amigo íntimo en común, José María Maravall, y sabía que la actitud integradora de Felipe constituía uno de sus principales activos como político de gran envergadura. Felipe demostró su estima por Paco y le dio lugares preferentes en las listas electorales, y después de la victoria arrolladora del PSOE en Octubre, cargos importantes a él y a los ex miembros del PAD. Paco pasó a ser Presidente del Banco Exterior de España.

Por casualidades de la vida, pues yo aún no vivía en España, coincidimos en dos vuelos, uno de Madrid a París y otro a Buenos Aires, en el invierno y primavera de 1983 en los que comentamos los acontecimientos políticos. Por un lado fue crítico con las decisiones de expropiación de Rumasa, «que podría haberse resuelto presionando a su dueño a aportar su capital en la búsqueda de una solución menos drástica», y con la persecución penal con cárcel de los empresarios catalanes que no habían podido pagar las cuotas de seguridad social, algunos de los cuales parecían inocentes. Por otra parte me dijo que la doctrina del gobierno socialista era en muchos temas mucho más conservadora que la suya. «Yo pensé que a estos jóvenes marxistas les iba a moderar desde su derecha y me encuentro con que están mucho más a la derecha que yo mismo. Aquí se han dado cuenta de que el comunismo ha fracasado con el experimento de Mitterrand y Pierre Mauroy en Francia y que en cambio a la Señora Thatcher le ha ido bien con su política y ha habido una desbandada hacia el conservadurismo».

En aquellos tiempos tuve muchas discusiones con amigos y conocidos defendiendo la trayectoria política de Paco. El hecho de que hubiera tenido cargos en la época de Franco, y que hubiera luego desempeñado cargos políticos en gobiernos sucesivos de distinto signo hacía que mucha gente le tachara de «camaleón» político o le llamaban «el Talleyrand español». Era cierto que Paco, admirador de Olof Palme, se mantuvo siempre en su posición social demócrata y todos los demás partidos se desplazaron hacia la derecha cuando constataron que sólo cabía una política económica que preservara el equilibrio presupuestario y combatiera la inflación, y que las empresas eran más competitivas en manos privadas.

A partir de su nombramiento como Ministro de Asuntos Exteriores me invitaba una vez al mes a desayunar en el Palacio de Santa Cruz, y allí comentábamos el devenir del mundo. Recuerdo que pasamos allí la mañana del 14 de Diciembre de 1988, día de la huelga general, en el que con una visión admirable me expresó sus temores de que el éxito de la huelga obligara al gobierno a modificar de modo nefasto los ejes de su política económica. También me adelantó aquel mismo día su creencia de que la Unión Soviética podría cambiar; lo basaba en una conversación con el General Vernon Walters, con quien había hecho muy buenas migas, y que le había confiado que Gorbachov estaba haciendo cambios profundos que podrían llevar a un desarme mundial a una escala sin precedentes. «¿Te imaginas?» me dijo «un mundo en el que el noventa por ciento del presupuesto que se dedica hoy a armamento sea empleado en investigación y desarrollo y en educación?».

Tras la caída del muro de Berlín en Noviembre de 1989, Alemania inició triunfalmente su proceso de reunificación. El 24 de Junio de 1990 Melania y yo, que acabábamos de casarnos en Barcelona dos días antes, dimos una gran cena en Madrid a la que acudieron Paco y María Paz que se sentaron en la mesa con nosotros, los Maravall y los Durán. Paco nos maravilló a todos con su conversación comentando el auge de Alemania y el temor —que luego resultó injustificado— que la reunificación había producido en Europa recordando épocas anteriores. «Lo que más

nos ha preocupado en el Consejo de Ministros de la UE no es que el Ministro de Asuntos Exteriores de Alemania Hans Dietrich Genscher se haya puesto a hablar por primera vez en alemán, aunque hable correctamente el inglés. Lo peor es que los de Bélgica, Holanda y Luxemburgo se han pasado sin avisar al alemán y los demás nos hemos quedado en *off*. Los diplomáticos que hicieron el esfuerzo de aprender ruso pensando que era el idioma del futuro están desesperados, y las clases de alemán están saturadas». Mes y medio después me llamó para comentar la invasión de Kuwait por parte del Irak de Saddam Hussein.

Yo, que veía su deterioro físico, me hacía cruces de la vida que llevaba, con viajes en avión muy largos y casi diarios. Paco nunca quiso enterarse de la gravedad de su estado. Al final del invierno de 1992 me reuní por última vez con él en el Ministerio. «Fíjate qué barbaridades dicen los periódicos» me dijo enseñándome un artículo de ABC que informaba sobre lo avanzado de su cáncer. En Junio presentamos el libro de José Ortega Spottorno «Historia probable de los Spottorno» en la Biblioteca Nacional. Habló durante veinte minutos con brillantez y gran entereza. Aquel día fue la última vez que lo vi.

Me enteré de que nos habíamos quedado sin él en Agosto; yo estaba a 20.000 kilómetros de distancia. La sensación de pérdida fue tremenda. Durante años tuve el consuelo de poder hablar de él con María Paz. Quince meses después, estando yo en Harvard, recibí una llamada de su hermano Miguel Ángel, pidiéndome que aceptara ser Presidente de una Fundación que además de mantener vivo el recuerdo de Paco organizara en Madrid una conferencia anual con una figura mundial en el área de las relaciones internacionales, la Fundación CAFFO; Andrés Ortega había aceptado ser el Secretario General de la Fundación. Me pidieron que invitara a Sam Huntington, el autor de «La Tercera Ola de Desarrollo Democrático» que acababa de publicar su famoso artículo «El Choque de Civilizaciones». Tuve el honor de ser el primer presentador de la Conferencia. Cuando salí con Sam Huntington al escenario se me puso la carne de gallina. Entre el público pude distinguir a casi todos los políticos más importantes de la transición española. Allí

estaba casi el gobierno entero del PSOE con Felipe a la cabeza, pero también muchos del PP y de la antigua Alianza Popular, de la vieja UCD, e incluso Antonio Barrera de Irimo. Me pareció un homenaje único a un personaje único e irrepetible.

Este homenaje se repite desde entonces, año tras año, en las Conferencias Anuales Francisco Fernández Ordóñez. María Paz ya no está entre el público, pero todos la llevamos unida a Paco en el recuerdo. Yo tengo la suerte añadida de tener como colega a su sobrino Pablo de la Cueva Fernández Ordóñez, que físicamente es Paco sin calva, y que en otras muchas virtudes me recuerda mucho a él.

Además de ser prototipo de la amenidad, Paco me dio muchas lecciones de sentido del humor. Yo a veces me reía de él, cuando el verdadero sentido del humor se demuestra con la capacidad de reírse de sí mismo. Por ejemplo, cuando salíamos a comer dos o tres matrimonios Paco era notoriamente lento a la hora de sacar la cartera para pagar la cuenta, y casi siempre yo me anticipaba, e incluso tenía tiempo de adueñarme de la cuenta, y sacarle una foto en el que aparecía él en el gesto —aún a mitad de sacar el billetero de su bolsillo— riéndose de su propia lentitud.

Otra característica de Paco era su capacidad para recorrer kilómetros en sus frecuentísimas conversaciones telefónicas. Como entonces no existían teléfonos inalámbricos o móviles, no podía alejarse más que la longitud del cordón que unía el auricular con el teléfono principal. Nunca le vi hablar sentado: siempre lo hacía de pie y dando dos pasos hacia un lado y girando a velocidad de vértigo y dando dos pasos hacia el otro, y así sucesivamente. Una vez le calculé que había andado más de un kilómetro en una conversación de apenas un cuarto de hora.

Esta magnífica biografía de Santiago Delgado Fernández y de Pilar Sánchez Millas me parece de lectura obligada para todos los españoles que quieran saber más de un periodo apasionante, tal vez el mejor, de la Historia reciente de España, y de uno de sus más ilustres protagonistas. Quienes tuvimos la suerte de conocer a Paco lo leemos además, con una emoción especial recordando a un excepcional ser humano.